

TEATRO SOLIDARIO

ENTRE MARES

No perder la capacidad de sorpresa es la causa suficiente para romper lo rutinario. Estar pendiente en cada función, esperando qué milagro nuevo va a pasar es vertiginoso. Supone el amanecer de un teatro abierto en el que las fuerzas individuales revientan creatividad. Es una suerte querer participar de un teatro inmediato donde todo surge en el espacio, donde todo es nuevo. El crecimiento a partir de un esquema de acción favorece el entranamiento del autor, del actor y del director. La constante de la experimentación es lo único que se repite en cada puesta en escena del Grupo Malgareo. Un teatro que establece una relación artista-espectador enriqueciéndose a medida en que la dramaturgia incide en la realidad de la inmediatez de manera crítica, ayudando a transformarla apelando al compromiso. Fórmula que replantean las categorías críticas y su sustentación en un contexto ético. Cada arte crea su propia forma de expresión, nutriéndose de la experiencia.

El máximo exponente de todo arte es la creación. La creación como alivio al conflicto interno del artista que vive y sobrevive. El debate enfrentado entre la vida y la muerte, entre la locura y la razón que determinan al creador a expresarse para buscar la memoria perdida del yo, del ser que reclama un porqué de las cosas. Necesidad urgente del arte que encuentra explicación a través del deseo de crear, descarnando el cuerpo sacro de la imaginación. Es la creación, el concepto que alumbró como un faro a la vida, la concentra en su forma y la hace entretenida. Es el

fluir de energías que precisan de un espacio donde el vacío toma sentido. Quizás es la búsqueda de trozos de verdad que incita al artista a estar husmeando en la vida, pendiente, casi con una actitud corporal para pasar a la acción. Permanece el creador en un *sats* de postura ágil para provocar el movimiento que se transforma en un diálogo eterno con la emoción. Estos trozos de verdad, esta búsqueda en la niebla más confusa es el combustible de una máquina que no cesa, que no desiste en avanzar, atravesando terrenos minados. Condensar en un espacio, el tiempo, el ritmo, la belleza, etc., es una labor de fecundidad materna. Es también dolor de parto. El dolor para dar vida a un ser que nacerá para ser observado en un estado de continua despedida.

No es ajeno el espectáculo teatral a ninguna de las palabras escritas. Es más, desde la mirada interna y externa del espacio escénico tiene sentido este lenguaje. Este ha sido el propósito. Desde dentro el actor como ente potencial en la expresión dramática. Desde fuera como oteador, espectador y futura madre de la criatura. Posición de algo así como un ingeniero de armonía, coordinador, cocinero y guía del proceso; el director teatral. Este creador de expresión tridimensional es el responsable de un espacio habitado por signos. Se prepara y dialoga con la vida, la modela en el teatro diferenciando lo que sucede dentro y fuera de él. Cohesiona todos los elementos para crear un teatro cargado de fascinación. No es fácil. Hasta ahora el concepto de creador y creatividad han ido juntos de la mano. No sé si mi concepción

de esta simbiosis se ha extremado, situándola en un mundo ideal, es discutible, pero no negociable. Quizás esa visión enardecida de la dirección suena a acción olímpica elevada a un altar. La cosa es más sencilla. El creador está dotado de capacidad de descubrimiento, de capacidad imaginativa como elemento específico. En fin, de capacidad de juego. Y el juego sí que merece la pena elevarlo a ese espacio paralelo desde el que se renace y se crece. Dentro del juego, el director teatral es un jugador más. Aquí el concepto pierde hierro, pero se concentra en una esencia de vida tan intensa que la emoción y la pasión fluyen como bocanadas de aire intenso. Es el juego el que produce participación y verdadera comunión con el público. El buen juego es un acto de comunicación. Eso lo debe saber el director de teatro, porque debe ser su herramienta de trabajo. Como todo juego, existen unas normas que obligan a cumplir a los que interaccionan. El director, compañero de juego, guía y mirada de referencia, marca las pautas para dinamizar la jugada. Integra en lo posible sus conocimientos, unifica esfuerzos aislados que por sí solos carecen de valor, evocando a cada actor lo que este puede dar. Hay demasiadas cosas que se pueden añadir y reflexionar sobre el papel y la función globalizadora de la dirección escénica. Todas cargadas de razón y peso. Todas con elementos sustanciosos. Al fin, todas, buenas y malas, se dirigen al mismo lugar: la representación escénica.

Es amplio el mercado, incluso podemos encontrar tendencias que excluyen al director, usando una metodología que se ha dado en llamar la "arquitectura del actor", éste independiza el proceso de creación de la mirada exterior y construye el personaje a partir de su propio esquema, en sintonía con su propia interpretación y la de los demás actores. Es un trabajo muy interesante. Creo que es vital nutrirse de la capacidad creativa del actor, pero aún así, considero que es necesario el papel del director como organizador de propuestas. El maestro de ceremonias de un ritual mágico. Este trabajo tiene una particularidad básica, ya que depende del tipo de actor. No todos, según sus características personales, podrían realizar esta metodología con el rigor y el equilibrio que se precisa. El actor es un ser frágil, hipersensible, que tiene de bueno todo lo que su naturaleza creativa puede aportar y todo lo que su autonomía puede negar. Goethe, que tan amarga experiencia tuvo como director del Teatro de Weimar, dijo en su *Wilhelm Meister*, refiriéndose a este defecto de los actores:

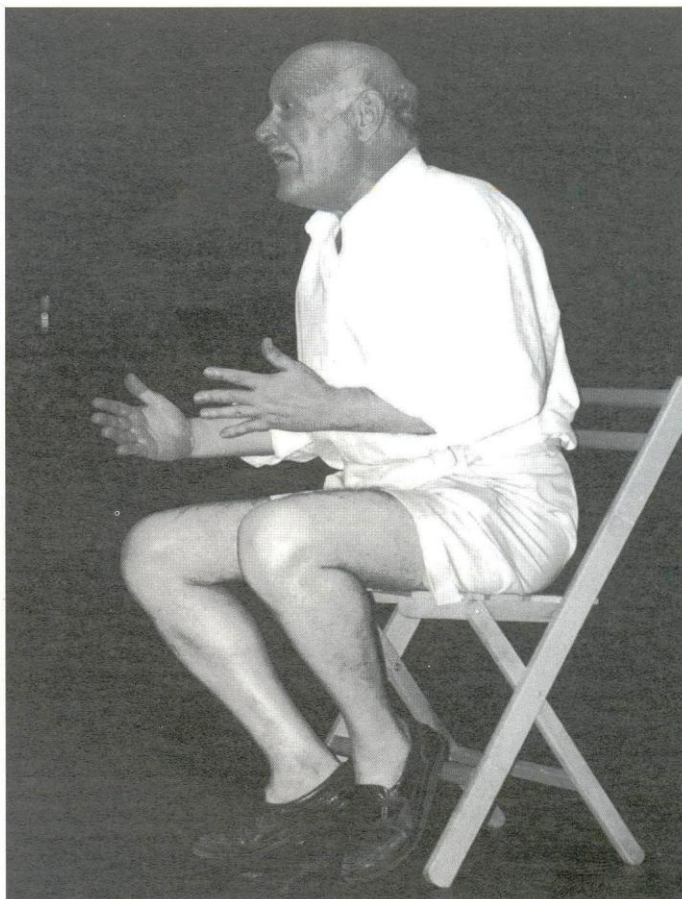


Foto Cirilo L. Cabrera

“Cada uno de ellos no sólo quiere ser el primero, sino el único; cada cual querría excluir a todos los demás, y no se da cuenta de que apenas es capaz de producir algún efecto en colaboración con ellos. Todos se imaginan ser un prodigio de originalidad, y son incapaces de encontrar algo que salga de la rutina. Cada cual pretende obtener la más incondicional estima; cada cual se siente herido por la menor censura..., y nada tratan de conservar tanto como la regia prerrogativa de su arbitrariedad personal”.

Creo que el actor necesita del director; pero el problema es el siguiente: cómo saber hasta qué grado debe el director colaborar. Los actores tienen la respuesta. El director debe manejar las distintas personalidades artísticas para conseguir el mismo fin. Defiendo un método productivo de trabajo, de descubrimiento en un clima ameno. Bien es cierto que para que esta idea tome forma se necesitan actores que quieran jugar. Muchas veces cuando el director intuye que el proceso se desvía por falta de fe, este se dirige a los actores preguntándoles si han dejado de creer. El director insiste en su empeño y puede persuadir con mayor o menor efecto al grupo para que alcance su idea final. Recuerdo que dentro de cada actor hay un creador con su propia visión del personaje y del espectáculo, y unificar todas las inquietudes artísticas, es un verdadero galimatías. Respeto la iniciativa de cada actor, de su preparación intelectual respecto al montaje, sin embargo esta aportación no depende de la cantidad, sino del uso que le da. Hablar de creer como acto de fe no es determinante para crear. Pienso que sería más correcto hablar de querer, de querer jugar. El actor genera tensiones diversas. La tensión es signo de muerte. El juego liberaliza, convirtiendo cada montaje en un proceso de investigación. No todos los actores tendrían disposición para trabajar en este modelo de acción, ya que este tipo de búsqueda para ellos no es válida.

Creo en una dirección que no imponga, si acaso persuada. Aún así, persuadir a actores que no quieran jugar, entiéndase no lúdicamente, no es una labor gratuita. Cuando conseguimos un equipo dispuestos a querer jugar, la atmósfera de trabajo es prodigiosa. Los cambios de directrices, la improvisación, la incorporación de lo inmediato supera el vértigo y la desnudez del actor cuando se busca queriendo hacerlo. El esfuerzo de la interpretación será recompensado.

Trabajamos con material humano, tanto si tiene formación como si no. El esfuerzo para conseguir

que el actor quiera, sea profesional o no, va en relación con su generosidad en el trabajo. Si no la hay, las sugerencias pueden quedar en un hecho insistente que no llega a puerto. Puede parecer que el final de un montaje hemos conseguido nuestro objetivo. Al estar tan inmersos en nuestra dedicación no hemos tenido la posibilidad de distanciarnos y así ir perdiendo la objetividad. En ese momento podemos habernos desviado de nuestras intenciones, ya que poco a poco, la suma de individualidades actorales y otros factores no nos lo ha permitido. Esta confusión es también una cuestión de no querer. Sucede muchas veces que, una vez estrenada la obra y el director acaba el contrato, esta va siendo pasto del antojo de los actores y de su visión personal del montaje. La ruptura del equilibrio, de la armonía es corrosiva. En este caso ¿cómo poder entender el funcionamiento de la arquitectura del actor? Es normal que el producto final vaya madurando, pero en una línea prefijada, no en direcciones personales opuestas a las establecidas. Surge la desconfianza. El respeto al trabajo de los demás es un acto de amor.

Parece que se crea una relación de obediencia férrea si la dirección dogmatiza y limita la creación en su persona. El actor asiente a disgusto pero realiza su labor. Surgen dos vertientes afiladas y separadas por una gran distancia, que establece la relación actor/director. Toma sentido entonces aquello que decía Óscar Wilde: “El teatro debe estar dirigido por un déspota inteligente. El trabajo se puede dividir; el espíritu que lo guía no”. Esta afirmación puede ser la excusa que justifica a una dirección mediocre que se refugia detrás de la arrogancia. Prefiero participar con el actor buscando el mayor rendimiento artístico sin violentar su personalidad. Invitándolo a crear, que sea capaz de buscar rompiendo barreras, olvidando miedos que anquilosan y que sea capaz de prepararse para la acción sea cual fuese. Por supuesto que se debe establecer un pacto de confianza y de respeto entre las partes. El actor se mueve entre la ignorancia del huérfano y la sabiduría de lo vivido. El director debe acompañar a éste en un camino de verdad.